

EDITORIAL

Centro de Estudios Educativos 1963-1988

Pablo Latapí*

El 28 de noviembre de este año el Centro de Estudios Educativos cumple un cuarto de siglo. Este hecho es ocasión para reflexionar acerca del significado que esta institución ha tenido para la investigación educativa del país y de América Latina en estos años. No por autocomplacencia, sino con ánimo de aprovechar la experiencia, importa recuperar esta rica historia, aunque sea en la brevedad de unas pocas páginas.

I. LAS VICISITUDES

Muchas son las vicisitudes experimentadas por el Centro en estas dos décadas y media.¹ Se inició la institución en 1963, con mucha fe y sin recursos económicos, y fue creciendo lentamente hasta alcanzar lo que es, quizás, su tamaño ideal de 25 a 30 investigadores, allá por 1976; vivió el *boom* petrolero del lopezportillismo —que se reflejó también en el medio de la investigación educativa— ampliando su personal hasta 130 personas; a partir de 1982 ha sufrido la crisis económica del país y se ha reducido a 30 investigadores en obligada austeridad. Su volumen ha dependido de los recursos económicos disponibles y éstos han sufrido los altibajos del país; sobre su Consejo

* Doctor en Ciencias de la Educación. Fue director-fundador del CEE; actualmente es coordinador del Área de Políticas Educativas en el CREFAL.

¹ En el Editorial de la *Revista* del número 1-2 de 1984, con ocasión del vigésimo aniversario del CEE, se expusieron más detalladamente estos cambios.

Directivo y sus sucesivos directores, cinco hasta el momento presente, ha recaído la responsabilidad de buscar estos recursos. Las fuentes han variado en cada etapa: la generosidad de algunos amigos, ciudadanos y empresarios, en los primeros años, el apoyo de varias fundaciones, la venta de servicios por contrato y —parcialmente— el rendimiento de un fondo patrimonial trabajosamente consolidado. A través de esta variedad de recursos y apoyos, sin subsidio gubernamental alguno, la institución ha podido cumplir sus objetivos, sin comprometer jamás su carácter académico ni su independencia. Quizás, este hecho ilustre sobre las posibilidades de la sociedad civil, aun en países económicamente presionados como el nuestro, para crear instituciones intermedias que la articulan y expresan.

Son innumerables los nombres de las personas, de dentro y fuera, que con su tiempo, esfuerzo, influencia social o dinero, han hecho posible la existencia del Centro. Nadie les dará el debido agradecimiento ni ellos lo esperan, pero en este aniversario es obligatorio dejar constancia de su sacrificada colaboración en la construcción de un México mejor a través de esta institución, en el modesto espacio que le corresponde.

Al interior del Centro, como en toda institución académica viva, se han dado en estos años múltiples fenómenos importantes: la búsqueda, nunca terminada, de enfoques teóricos que expliquen mejor los hechos, sobre todo el significado de la educación para los cambios sociales; la elaboración de diagnósticos y evaluaciones, con frecuencia en territorios y acciones educativas nunca antes examinadas; diseños experimentales de soluciones alternativas para los problemas de la educación nacional; innumerables estudios macro y micro-educativos en los que han variado los temas y las preocupaciones. A lo largo de los años, no obstante las cambiantes visiones teóricas y prioridades, se advierte la gran constante temática que ha dado su identidad al CEE: la relación de la educación con la justicia social. En este tema desembocan, como arroyos en el gran río, diagnósticos, evaluaciones, propuestas, programas de capacitación, ensayos teóricos o experimentos.

II. REDEFINICIÓN DE DESTINATARIOS

Esta gran constante temática obligó a redefinir, a mediados de los setenta, los destinatarios de los servicios del Centro de una manera diferente. Inicialmente el CEE se concibió al servicio de tres destinatarios principales: además de un destinatario obvio que era la comunidad académica de investigación educativa, se definieron como tales

los órganos gubernamentales responsables de formular y ejecutar la política educativa del país, y la opinión pública general. Se deseaba contribuir —ya fuera directamente, ya a través de una opinión pública mejor informada y consciente— a un desarrollo de la educación más ajustado a las necesidades de un país en rápido crecimiento y con profundos desequilibrios sociales. Mucho se podría decir sobre las hipótesis acerca de la eficacia de la investigación educativa que guiaban las acciones en esos primeros años: si se lograría que los órganos del Gobierno aceptaran los resultados de la investigación; si de esa aceptación se seguirían acciones consecuentes; si la opinión pública lograría presionar en favor de los cambios deseados..., temas que han sido objeto de reflexión sistemática y debate entre los investigadores del Centro.²

Los acontecimientos de 1968, con los siguientes replanteamientos de los caminos del cambio político y social en México, llevaron al Centro en los siguientes años a definir otro destinatario fundamental de sus servicios: los grupos marginalizados, principalmente rurales. Había y hay la convicción de que el camino hacia una sociedad más justa en un país como el nuestro pasa necesariamente por la organización popular, en la cual la educación juega diversas funciones indispensables (concientización, apoyo a la organización, capacitaciones técnicas, etc.). Se empezó entonces a privilegiar la educación no formal de los adultos, al lado de la formal; esta última (sobre todo la media superior y superior) se concibió principalmente como medio para formar los apoyos que requerían los movimientos populares organizados y la satisfacción de las necesidades de los sectores oprimidos. Se enfatizaron proyectos de campo vinculados con la promoción, sin que el nuevo enfoque implicara cancelar los destinatarios anteriores. Este cambio es quizás el más profundo que el Centro ha experimentado.

Al interior de la institución, en su organización y administración, han ocurrido también transformaciones importantes. Quizás la principal entre ellas sea un proceso creciente de autogestión que llega a su límite en 1986. Desde mediados de los setenta, el Centro fue recurriendo menos a personas externas para integrar su Consejo Directivo y se apoyaba más en su propio personal; en los últimos dos años, la institución replantea la composición de su Consejo con mayor intención de afianzar sus vínculos externos.

² Sobre los debates en torno a la eficacia de la investigación educativa véase, en esta misma *Revista*, el Editorial del No. 11 de 1980.

Resta indicar algunas características del CEE que han sido constantes a través de estos 25 años: el rigor académico que desde el principio prestigió sus trabajos; el énfasis interdisciplinario que señaló una ruta para la investigación educativa en el país; la combinación integrada de investigación teórica y aplicada; y, por último, como lo muestra esta visión retroactiva de su historia, la flexibilidad para responder a tiempo a los retos que han planteado un entorno cambiante.

III. SIGNIFICADO DEL CEE PARA LA INVESTIGACIÓN EDUCATIVA

Al fundarse el Centro, la investigación educativa era prácticamente inexistente en el país. Con el paso de los años se han multiplicado las instituciones que la realizan, tanto en el ámbito público como en el universitario y privado. El crecimiento y diversificación llegó a su climax a fines del sexenio 1976-1982 y se expresó notablemente en la respuesta que dieron todas las instituciones a la convocatoria del Congreso Nacional de Investigación Educativa en noviembre de 1981. A partir de entonces varias instituciones han desaparecido y no pocas han disminuido sus actividades, por razón de la crisis y de los cambios en las orientaciones políticas.

El CEE ha procurado estar siempre abierto al diálogo y a la colaboración con todas las instituciones de su campo. Es mucho lo que de ellas ha aprendido; algo también les ha aportado. Entre sus aportaciones, quizás la principal han sido los muchos investigadores que iniciaron en el Centro su formación y pasaron después a colaborar en otras instituciones; están también sus publicaciones y los productos de sus investigaciones; está también su centro de documentación.

Como institución privada, ha contado con menos recursos que otras muchas públicas, y ciertamente con menor seguridad de obtenerlos; paradójicamente, esta misma circunstancia le ha permitido permanecer y trabajar durante cuatro sexenios sin alterar sus objetivos y con independencia de los vaivenes políticos.

La presencia del Centro no se ha limitado al contexto nacional; desde sus inicios se preocupó por darse a conocer en América Latina y promover intercambios con otras instituciones de los países hermanos. Ya en 1971 promovió, con otros centros privados de la Región (algunos de ellos surgidos en parte por inspiración en el propio CEE), una red que continúa operando efectivamente hasta ahora. Frutos de esos contactos en los primeros años fueron una Maestría para investigadores latinoamericanos, un programa de estadías y la fusión de las publicaciones del Centro en esta *Revista* que cumple ya 18 años de

vida, y que desde 1979 adoptó el título de *Latinoamericana* por la proyección regional que había alcanzado. Frutos posteriores de esa red han sido, entre otros, diversos proyectos conjuntos y los servicios documentales de REDUC, impulsado por el CIDE de Santiago de Chile y de creciente importancia para todos los investigadores

IV. SIGNIFICADO DEL CEE PARA EL ESTADO

Los últimos 25 años han registrado cambios profundos en la estructura del Estado mexicano, en la conciencia que tiene de sí mismo y de su relación con las diversas clases sociales. Del inmovilismo paternalista y providente que le caracterizaba en los sesenta, pasó en los setenta y principio de los ochenta a subrayar su capacidad rectora en la economía y su capacidad arbitral en los conflictos de clase; paralelamente a este proceso, se dio otro, quizás ignorado por el propio Estado, de maduración de la sociedad civil, que se ha manifestado claramente en las recientes elecciones federales. Hoy el Estado tiene que aceptar un nuevo pacto social, una nueva correlación de fuerzas, una exigencia de cambio planteada por la sociedad civil y una disposición más marcada a la apertura y al diálogo con la ciudadanía.

La política educativa, a través de estos años, experimentó también cambios importantes, unos debidos a las propias transformaciones del Estado, otros a la disponibilidad de los recursos, otros finalmente a los estilos propios de cada secretario. Al sexenio de Díaz Ordaz, cuya política educativa permaneció centrada en la tradicional preocupación por la expansión, siguió el de Echeverría con una Reforma Educativa no carente de improvisaciones, que dejó sin embargo un importante saldo de innovaciones legislativas y de rompimiento de mitos; a esta Reforma se añadieron, bajo López Portillo, algunas medidas y programas más significativos, principalmente en la distribución de los recursos guiada por un propósito de mayor equidad, en la descentralización administrativa y en la atención prestada a la calidad de la educación. Finalmente bajo De la Madrid se observó menor directividad, deterioros causados por la disminución de recursos, desmantelamiento de mucho de lo avanzado en materia de igualdad educativa y crecientes influencias del Sindicato magisterial en la gestión de la educación.

A lo largo de estos cambios el CEE ha procurado ser una instancia de reflexión y crítica independiente, abierta al diálogo constructivo y a la colaboración; ha podido dialogar precisamente porque es diferente y nunca ha comprometido su identidad. Podría decirse quizás que el Centro ha sido útil a los gobiernos mexicanos de tres maneras:

por la anticipación de propuestas que, llegado el momento de su viabilidad política, han sido asumidas en las decisiones gubernamentales; por las rectificaciones que a través de la crítica académica se han logrado, y por los servicios de investigación o experimentación que, por contrato, ha realizado. El Centro ha significado un espacio de reflexión independiente en el ámbito educativo, que ha hecho posible la crítica, la visión alternativa y la propuesta diferente que caracteriza la democracia. Por otra parte, el Centro también ha estimulado al gobierno a crear e impulsar sus propias instituciones de investigación y el mejoramiento técnico de sus servicios de planeación, evaluación y documentación. Como institución académica, finalmente, el Centro ha incluido en sus tareas investigaciones teóricas o de largo alcance que a los gobiernos generalmente no interesan, preocupados como están por los éxitos inmediatos.

V. SIGNIFICADO DEL CENTRO PARA LA SOCIEDAD MEXICANA

Dos consideraciones parecen pertinentes cuando se reflexiona sobre el significado del CEE para la sociedad mexicana en estos 25 años.

Por una parte, el Centro ha contribuido al crecimiento y fortalecimiento de la sociedad civil. Como institución intermedia, autogestionada y especializada, ha hecho su aportación —por vía de la investigación y de la formación de personas para roles específicos en el ámbito educativo— al tejido social en el que se articulan y negocian demandas e intereses, consolidando una sociedad civil más diversificada y madura. En parte actor, junto a otros muchos, de este proceso; en parte efecto del mismo.

En segundo lugar, el CEE ha asumido, en la dispareja mesa de fuerzas de nuestra sociedad, una opción deliberada por la justicia, que en concreto significa una opción por las clases oprimidas. Con sus actividades la institución manifiesta a diario este compromiso; procura colaborar a que tengan voz los que no la tienen y poder justo los que de él carecen. Sin desplantes radicales, ha traducido esta opción en su quehacer cotidiano.

Antes de que el CEE cumpla cabalmente su aniversario, se ha abierto ya en el país el principio de otra etapa. Anunciada por los movimientos de 1968 y expresada inequívocamente en las acciones solidarias (sobre todo de los jóvenes) que siguieron a los sismos de 1985, una nueva sociedad mexicana se ha manifestado sin ambages en las elecciones federales del pasado mes de julio. Una sociedad más madura para la democracia de lo que suponían sus analistas, que ha decidido liquidar

pacíficamente el antiguo régimen cuyo autoritarismo (generalmente benévolo) caracterizó 60 años de la vida pública mexicana y dar los primeros pasos hacia una coexistencia plural de todos los grupos sociales, basada en el respeto y la tolerancia, pero en búsqueda alertada de superación de las desigualdades.

El CEE celebra su XXV aniversario con júbilo por estos hechos.

